

# el carácter situacional de la moral



## ANTE LAS PUERTAS DE LA MORAL

Sólo ahora podemos ya decir que con este diálogo de Dios con el hombre, con esta llamada y con esta respuesta, hemos llegado ante las puertas de la Moral. El análisis fenomenológico-filosófico iluminado con la visión religiosa que acabamos de realizar, nos ha traído hasta aquí.

“Toda filosofía —dice Marc Oraison (2)— que se precie de completa, termina con una moral. Es decir, que no es suficiente que un filósofo elabore y formule su visión del mundo y del hombre si no ofrece su pensamiento con respecto a la dinámica del comportamiento. La moral, no sólo termina una obra filosófica, sino que la realiza. Por ella se juzgará el filósofo, y será, a la vez, el punto final y la irradiación de su pensamiento. Es el coronamiento que acaba unos fuegos artificiales...”. En definitiva, la moral es, y ha sido siempre, la parte más importante, porque, en realidad, lo que interesa más a los hombres es saber cómo deben comportarse.

Una Moral que surge de un diálogo *abierto por Dios* en una historia, que con derecho puede llamarse historia de la liberación, historia de la salvación. Liberación y salvación que todos deseamos *no obstante y a pesar de la paradoja*. La verdadera moral religiosa es, ante todo y sobre todo, *una vida*, es el fruto de ese diálogo en el amor, con el cual Dios nos ofrece la incógnita despejada de nuestra situación paradójica y en el cual las relaciones interpersonales entre Dios y el hombre, provocan en

ambas partes un compromiso existencial, una *alianza*. Sólo después, la Moral puede también entenderse como método y sistema científico. Para este segundo tiempo de la Moral, quisiera elegir juntamente con Marc Oraison la definición del P. Sertillanges por parecerme más en consonancia con las conclusiones que de nuestro análisis existencial hemos obtenido: "La moral es la ciencia de lo que el hombre debe ser en función de lo que es". Observando con atención, verás que en el fondo de esta definición está latente "*la voz de la autenticidad en tensión ante los dos polos de la paradoja*".

Quiero insistir aun en que esta reflexión filosófico-experimental iluminada por la luz de la Revelación divina, será de gran trascendencia para la profunda comprensión de la Moral, tomada, no tanto como tratado de reglas y preceptos; sino, sobre todo, como vida desplegándose en busca de la autenticidad en la respuesta personal a la llamada de Dios. Nuestra raza es llamada por Dios que es Padre y Amor infinito a una función de interlocutor; esta función es el origen mismo de su existencia y es aceptada por dos personas, el Hombre y la Mujer, que son, dentro de la raza humana, la llamada y la respuesta recíproca, imagen de esa primera llamada de Dios de la que surge la Moral como vida. Este invierno pasado oí esta frase de un "hyppi" que había venido a visitarme con su "novia" (estas categorías no existen entre ellos): "Desde que vivimos juntos y nos queremos, comprendemos mejor lo que nos dijiste sobre la llamada y la respuesta como núcleo de la vida moral".

Las escenas de diálogos vocacionales, son de las páginas más impresionantes de la Biblia. La vocación-diálogo de Moisés con Yahvé en la zarza ardiendo (Ex. 3), la de Isaías en el Templo (Is. 6), el dramático diálogo entre Yahvé y el joven Jeremías (Jer. 1), ponen en contacto a Dios, en su majestad y en su misterio y al hombre en toda su verdad, en su miedo y en su generosidad, en su poder de resistencia y de acogida, en su responsabilidad de aceptar como proveniente de Dios la solución de su paradoja, la incógnita de su autenticidad. Para que estos relatos ocupen en la Biblia un puesto tan central, es preciso que la vocación, como apertura del diálogo, sea un momento de trascendental importancia en la revelación general de Dios y en la salvación concreta de cada hombre como persona. Nadie jamás ha dialogado con Dios sin haber sido antes llamado.

Pero este diálogo de Dios con el hombre es inefable, no susceptible de ser sistematizado porque se celebra en lo profundo del ser personal, allí donde los sentimientos y las instituciones son superiores a la capacidad expresiva de las palabras. Es verdad que en la Sagrada Escritura se proclama claramente una voluntad de Dios que podemos denominar universal, general porque en su núcleo es portadora de un contenido salvífico que abarca a la raza humana en cuanto tal: "Dios... *quiere que todos los hombres se salven* y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tim. 2,4). Pero esta universalidad de la llamada, no nos autoriza para pensar en una vocación masificadora y despersonalizante. Todo lo contrario: el designio salvífico que sale de Dios único y universal, se

desparrama al llegar a la tierra, se individualiza al entrar en las ciudades de los hombres y a cada uno de estos rayos —el que te abarca a tí y el que me abarca a mí —llamamos "*vocación personal*", que no es diversa de la llamada universal, pero sí distinta, es la personalización del único designio salvífico. Dios dialoga con su Pueblo porque dialoga con cada hombre.

La Moral que, como la vida, es el modo de actuar las exigencias de la vocación universal hecha diálogo en el encuentro personal con Dios, ha de tener muy en cuenta, ante todo, la vocación entera de la comunidad cósmica y de modo especial, su personalización en cada hermano. La misión fundamental y primera ante su elección eterna y universal, y a cada hermano ante su llamada personal. *La doble paradoja del hombre* que cada hermano vive en unas condiciones psico-somáticas irrepetibles e intransferibles, da como resultado evidente lo que quisiera llamar "*una situación*"; precisamente ese haz que se separa del designio universal de Dios va dirigido por El a esa *situación* en la que cada hombre existe y se mueve. El siglo XX se revela como el advenimiento de la psicología. Asistimos a una verdadera transformación, a un profundo replanteamiento respecto a la idea misma que podemos hacernos de nuestra realidad humana. "El hombre occidental —dice Marc Oraison (3)— se encuentra ante un restablecimiento más difícil todavía: la psicología y la filosofía modernas le obligan —y no sin dificultades— a tomar nuevamente conciencia, con una lucidez terriblemente acrecentada, de su misterio y de su contradicción, sin esperanza aparente. Esas generaciones que creían rendidamente en la construcción racional de un mundo ideal que respondiera a normas precisas, universales y definitivas, y que vivían el mito del hombre razonable y dueño de sí, no están tal alejadas de nosotros. Pero nos encontramos con que el hombre vive dramáticamente la destrucción de ese mito. Y la psicología moderna, en nombre mismo de la ciencia, es quizás el principal artífice de ese trastorno. En lo más íntimo de nosotros mismos descubrimos zonas hasta ahora inexploradas, inquietantes, incluso angustiosas, sumergidas en *lo inexplicable de nuestra manifestación personal* y que arrastran fuera esta confortable seguridad racionalista en la que hemos vivido hasta ahora".

Hemos de admitir que la Moral cristiana, la única moral que existe porque uno solo es el designio salvífico de Dios, es, en su mismo núcleo, *moral de situación, moral subjetiva* si queremos admitir que Dios dialoga con cada hermano. Naturalmente no afirmo que la moral cristiana sea "situacionista", "subjetivista", porque siempre y en cada *situación* cada hombre ha de contar con la vocación universal, comunitaria que en cada caso hace las veces de *norma objetiva y orientadora*. El existencial social que en el campo religioso es sublimado por ese artículo de nuestra fe que teológicamente llamamos "comunión de los santos" quita a la Moral personal todo matiz individualista recordando a cada hermano que ninguna *situación*, por personal y concreta que sea, puede colocarle con derecho fuera del "Pueblo de Dios", al margen de la "Comunidad eclesial".

## EL MORALISTA ES UN CONSULTOR PEREMNE DE LA PALABRA

Si la misión primera del moralista es provocar el encuentro de cada hermano con Dios, es claro que la Palabra de Dios juega en su vida un papel trascendental. La vida moral del hombre y su plasmación sistemática en manuales, ha de estar *profundamente fundamentada en la Escritura, escenario de esas llamadas* y receptáculo de ese diálogo que tejen el hilo de la historia de la salvación.

La Palabra de Dios es el campo de acción y a la vez el límite de la actividad del moralista. Y dado que el Nuevo Testamento es el complemento, la superación y el resúmen del Antiguo, el moralista, como el hombre que pretenda dialogar con Dios y con los hermanos en una vida moral, han de ser sujetos de auténtica raigambre neotestamentaria. Cuando la Antigua Alianza cumplió su misión pedagógica y llegó la plenitud de los tiempos, la misma Palabra se hizo carne y el compromiso de Dios llegó a su culmen. También Cristo se aventuró en nuestra paradoja y en ese movimiento descendiente de Dios encontró el hombre la liberación ascendente, desde lo más profundo del yo humano, donde se preparó durante siglos este encuentro.

Decir que el moralista —si ha de serlo sinceramente— es un consultor perenne de la Palabra, es afirmar que debe ser un auténtico amigo y testigo de Cristo. La vida moral es una respuesta a una llamada que sólo se hace explícita y refleja en la Encarnación de Cristo. En Cristo, el diálogo secular de Yahvé con Israel alcanzó el culmen de su dramaticidad, en El la llamada de Dios obtuvo el máximo de claridad y sólo por Cristo, con El y en El nuestra respuesta se levantará hasta el Padre de quien salió la llamada:

“Ni a mí ni a mi Padre conoceis.  
*Si me conociérais a mí, conoceríais  
también a mi Padre...*” (Jn. 8,19 b).

Por eso, Cristo y su Palabra han de ser el centro de todo intento sistemático de la moral. Cristo que habita por la fe en nuestros corazones. Es una pena que existan aun hoy moralistas, profesores en diversas Universidades de la Iglesia, que fundan sus clases y publicaciones en el Derecho Civil o a lo más en una ética meramente natural. Me he preguntado a veces qué diferencia existe entre el Derecho Natural que ordinariamente estudiamos en filosofía y ciertos tratados, por ejemplo, sobre el derecho y la justicia que vemos en teología. Quizás hayas tenido también tú esta experiencia.

Siendo Cristo el intermediario del Padre, es una parte integrante del encuentro y por tanto del diálogo entre Dios y el hombre. La moral o es cristiana en su sentido más profundo o sencillamente no es moral.

Insisto en que es Cristo y su palabra el centro de la Moral, dos realidades que, lejos de constituir una dicotomía ontológica en Cristo, expresan

dos aspectos fácticamente visibles de una misma realidad indisoluble. La moral como diálogo interpersonal, exige la *persona de Cristo* que llama y se relaciona, su persona histórica con naturaleza humana, su misterio y su profundidad psíquica, su mirada y sus reacciones de hombre porque la Encarnación supone todo ésto. El que Cristo sea un hombre definido y limitado por unas coordenadas históricas, por unos determinados parámetros psíquicos, es necesario para que el hombre llamado reconozca en él al hermano, al hombre, y se acerque a él con confianza. Pero cuando el moralista intenta provocar el encuentro del hombre con Cristo, no basta con que destaque sólo su personalidad. Es necesario unirla indisolublemente a su *Palabra*, porque *Persona* y *Palabra* es un todo indivisible en Cristo. El era Palabra aun cuando dormido en la popa de la barca, callaba. El es la misma encarnación de la Palabra del Padre; por eso, dirá a sus discípulos que si alguno le ama —y con esto hace referencia a su persona— ha de guardar su Palabra (Jn. 14,23).

En el campo humano carecemos de esta experiencia, y por eso es difícil hacer la transferencia al plano de Cristo. En efecto, un “sí” nuestro a una palabra humana, no implica, de suyo, un “sí” a la persona que la pronuncia; como un “no” a una persona, no incluye un “no” a sus palabras. Gracias, precisamente, a esta diferencia es posible el diálogo entre personas de ideologías diversas. Tú y yo podemos estar relacionados afectivamente con un ateo, sin que por eso participemos de su concepción de la vida y del hombre.

En Cristo no ocurre lo mismo. Y es importante dejar en claro que la Moral, como vida, es un “sí” total al Cristo total, que es a la vez *Persona* y *Palabra*. De aquí la importancia que para la Teología Moral tiene la exégesis de la Escritura para conocer la Palabra de Cristo, porque conocer su Palabra es conocer su misma Persona. Y dado que esa Palabra es, por su misma naturaleza, encarnatoria y dinámica, la actitud del moralista es la de consultor *perenne* del Cristo-Palabra. “Si alguno me ama, guardará mi Palabra” (Jn. 14,23), por tanto es claro que “quien no guarda mi Palabra, no me ama”.

¡Qué distinto es el peso de una ley moral, cuando ésta ha surgido como fruto espontáneo, de un encuentro auténticamente bilateral entre dos personas que se aman! El yugo se hace suave y la carga ligera cuando entre Cristo y el hombre ha habido realmente intercambio de vidas, entrega mutua, amor de donación que es la forma más sublime de entrega. Es urgente que la teología moral tome —¡pero que lo haga seriamente y de una vez para siempre!— como fin precioso el enfrentar a cada hermano con Cristo, porque la verdadera moral es ese flujo misterioso de amor que pasa entre Cristo y cada hermano en *situación*. De lo contrario el hombre —tú o yo— podrá siempre responder a cada precepto de la Moral con un justo *¿por qué?! y el moralista tendrá que recurrir en un segundo tiempo a lo que debió acudir desde un principio: las exigencias de un encuentro personal con Cristo, la vocación personal.*

## EL MORALISTA CONOCEDOR PROFUNDO DEL HOMBRE

Pero no basta que el moralista sea un consultor perenne del Cristo-Palabra. Es necesario que esté también estrechamente vinculado con el otro polo del diálogo: *el hombre*. Nos interesa saber qué es el hombre, conocer su misterio, su riqueza y sus fluctuaciones, y dado que la única respuesta que el hombre puede dar a Dios que le llama, ha de estar condicionada por el espacio y el tiempo, por el "hic et nunc" de su existencia concreta, es trascendental el conocer su "*situación total*" en sus dimensiones vertical y horizontal, como ser lanzado en el tiempo y ubicado en unas coordenadas topográficas, ambientales, históricas determinadas. De la misma manera que la vocación universal se concretiza en el sinnúmero de vocaciones personales; así la Historia de la Salvación está constituida por las pequeñas historias salvíficas de cada hombre. Es urgente que el moralista, el confesor, el orientador espiritual conozcan la historia de salvación de cada hermano.

Y no basta haber conocido al hombre del pasado, al hombre "ut sic" que muchos Manuales han crucificado eternamente en sus páginas. Nos interesa conocer al *hombre de hoy*, a nuestro compañero de trabajo, a nuestro colega, a nuestro amigo para quien Cristo sigue encarnándose hoy. Es bien sabido por la ciencia bíblica que Dios en su diálogo con el hombre no da nunca principios generales; sino que se adapta a las categorías culturales y existenciales del hombre viviente en su *situación*. El mismo dogma —como sabes— tiene un proceso y un doble condicionamiento: categorías propias de una cultura y condición existencial de la *situación* de un pueblo.

Este carácter flexible del diálogo Dios-hombre aparece en todo su esplendor en la Encarnación de Cristo hasta el punto que "el hijo de José" pudo ser definido como un verdadero israelita. El N. Testamento dejaría de ser nuevo, y por tanto perdería su esencial carácter encarnatorio, desde el momento que dejara de responder a la concreta y actual situación del hombre de hoy que exige una reencarnación de Cristo en nuestro mundo, marcado por trazos de todas clases que le hacen muy diferente del mundo material y antropológico en el que Cristo se encarnó. Nuestro hermano ha cambiado su rostro. ¿No se diría que el hombre, después de haber permanecido hasta este momento en un aislamiento excesivo, ahora con el fin de poder vivir su humanidad de otra manera a través de civilizaciones particulares y de esquemas muy estrechos de culturas, se ve lanzado en medio del oleaje de un mundo finalmente planetizado y obligado a buscar lo que podría ser el rostro del "hombre universal". Con la introspección que hoy reina y la curiosidad desenvuelta y justificada de la adolescencia, trata de deshacerse de todos los particularismos, de todo lo que ligaba a un clima, a una época determinada, para descubrir en sí y en los otros lo que hay de sencillamente humano. "Las modalidades de esta toma de conciencia del hombre universal presentan todos los síntomas del despertar a la adolescencia: subjetividad muy marcada, autoanálisis incesante, repudio de toda tradición y de toda dependencia, alternancia de duda y de afirmación de sí, de evasión regresiva hacia la seguridad del niño y de rebasamiento temerario hacia

nuevas perspectivas”, así se expresa un gran moralista como Louis Monden (4).

Este hombre, el consumidor medio de las previsiones económicas, el hombre cifra de las estadísticas, el de las aparatosas elecciones políticas, el hombre de la existencia en serie, el del auto-stop, el de las canciones de éxito y el hombre de la soledad sin nombre y sin fisionomía, no es el mismo de ayer. Estas categorías del hombre nuevo, del hermano en Crisis, no las tuvieron presentes los edificadores de nuestra Moral sistemática sencillamente porque no existía este hombre. No se trata de una reacción amarga y destructiva contra el pasado; ésto nos situaría en un extremo de la intransigencia que es siempre signo de inmadurez e impotencia. Se trata, por el contrario, de dar honrosa sepultura al pasado y sobre sus restos, dignos de respeto, seguir construyendo hacia arriba, sin olvidarnos que el último piso de nuestro edificio servirá también de cimiento para el que habrán de construir las generaciones futuras. Aparece también clara la conexión entre *Teología Moral* y *la auténtica antropología*. Aquí, en la fundamentación *escriturística* y *psicológica*, se delinean los dos puntos focales que *sostienen la nueva moral de situación*, siempre antigua y siempre nueva, porque antiguo y nuevo es también el encuentro dramático de *Dios* con el *hombre*. El moralista, si ha de ser siempre sincero, será un consultor perenne de la Palabra y un conocedor profundo del hombre, un *exegeta* y un *antropólogo*.

Dios y el hombre, la Escritura y el auténtico humanismo. Sólo apoyándose en estas dos columnas, la Moral cristiana será auténtico signo para los hombres de nuestro tiempo. Creo que todos —tú como yo— deseamos en el fondo ser sinceros para con Dios por medio de una vida que, vertical y horizontalmente, pueda llamarse en verdad *diálogo interpersonal*.

#### N O T A S

- (2) M. ORAISON, *Una moral para nuestro tiempo*, Ed. Estela. Madrid, 1968.
- (3) Id.
- (4) L. MONDEN, *Conciencia, libre albedrío y pecado*, Ed. Herder. Barcelona, 1968.

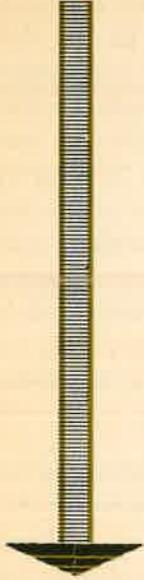
“El Día del Señor no es el fin de las cosas en cuanto que pueda negar los valores inherentes a la Historia, como una especie de Nirvana o Nada Sacral en la que las ilusiones históricas encontrarían su último descenso. Por el contrario, los valores contenidos implícitamente en la Historia son aquí afirmados en su plenitud. No son suprimidos, sino que son sublimados. El Día del Señor comporta “nuevos cielos y una nueva tierra”; transforma la naturaleza humana haciéndola semejante a los “ángeles de Dios”. De esta manera el “eschaton” (lo definido), es también un comienzo. Es el fin de la Historia, pero el comienzo de la “era futura”, que no es Historia sino la pura realización de aquellos valores que nuestra vida empírica afirma, en parte, y en parte también parece denegar. Algunos de los autores apocalípticos sabían con certeza que el Reino de Dios no es cuestión de comida y bebida, sino de justicia, paz y alegría, es decir, la realidad más pura que, en parte, alcanzamos en los momentos de mayor exaltación de nuestra experiencia humana e histórica...”

“El Reino de Dios no es el de la Utopía. El Evangelio no habla de “progreso”, sino de muerte y resurrección. La trama de la Historia se revela más como una crisis que como una evolución. Una vez, en el devenir del tiempo, en espíritu del hombre ha sido confrontado, en la Historia, con el Dios eterno en su Reino, su poder y su gloria, y esto de una manera definitiva y absoluta. Un gran encuentro, un desafío-respuesta, una muerte y una resurrección. El juicio divino y la vida eterna han entrado dentro de la experiencia humana. Y la significación de toda la Historia está gobernada por esta crisis suprema”.

Ch. H. DODD, *Le Prédication Apostolique*



**nuestro  
próximo  
número**



**problemas  
morales  
de la  
sociedad**

**(por habernos visto  
obligado a aplazarlo)**

**los problemas actuales  
del hombre y la sociedad  
a la luz de la moderna  
teología posconciliar.**